

## “LA VIDA EN LA GRAN CARTUJA” <sup>(1)</sup>

Acabo de ver una insólita película cuyo guionista, director y coproductor, Philip Gröning, no se ha propuesto otra cosa – nada más y nada menos – que filmarnos el entorno, la vida y el sentir de los moradores de la Gran Cartuja, enclavada en los Alpes franceses, dentro del área geográfica de Grenoble.

Estrenada en España con el título de “El gran silencio” <sup>(2)</sup> el 24 de noviembre último, lleva casi tres meses en cartel a pesar de su práctica renuncia a la expresión verbal, de su duración muy próxima a las tres horas y de circunscribirse a relatarnos la vida de unos monjes cuyas miras no son otras que incrementar, día a día, su proximidad a las tres personas divinas a través de la contemplación, la oración, el canto y la vida comunitaria

La cámara realiza el seguimiento de su diario quehacer en paralelo con el del cambio estacional de la imponente naturaleza donde está ubicado el grandioso conjunto monasterial.

Así vemos transcurrir, con morosa delectación, las cuatro estaciones del año con sus respectivas circunstancias de nieve, lluvias y tormentas, nacimiento y explosión floral e incluso la breve canícula de la alta montaña. Todo ello con la consiguiente mutación de colores en la vegetación, en los cielos y en los suelos.

Cuando la temperatura exterior lo permite se nos muestran las labores ortícolas, recreativas y ganaderas de los cartujos comunitarios en el exterior y en solitario.

Otro tanto sucede con los rezos, cánticos, trabajo intelectual y meditaciones en sus respectivas celdas o en el coro de su hermosa iglesia gótica.

Una de las cosas que más llamaron mi atención fueron las alborozadas expresiones proferidas por los monjes en el único intercambio verbal mostrado en tiempo de recreo. La alegre ingenuidad de sus expresiones en tiempo de conversación contrasta con la natural seriedad de sus rostros durante el resto de sus apariciones (“ora et labora”).

Pensemos en que la edad de las personas a quienes tan inocentemente vemos comportarse debe oscilar entre los veintipocos (sólo dos o tres) y los ochenta y algo (cuatro o cinco) años. La candidez mostrada en un ya de por sí alegre día primaveral en nada se asemeja al infantilismo de una criatura normal del siglo cuya insistencia siempre nos acaba perturbando. Es cierto que el candor del cartujo es también pueril pero su puerilidad más que íntegramente humana tiene también un fuerte componente pre-celestial. Al observarlos, pronto vinieron a mi memoria varios pasajes evangélicos en que Jesús alude a los niños como paradigma de pureza. Sobre todo en Lucas 10, 21 <sup>(3)</sup>, 16,17 y 18 <sup>(4)</sup> y Mateo 18, <sup>(5)</sup>. Especialmente significativo es el pasaje de Mateo. Leyéndolo se comprende ese carácter pre-celestial a que aludo. Evidentemente el cartujo, cuando físicamente dejó de ser niño, perdió esa infantilidad connatural a su existencia pueril. Haciendo uso de la posibilidad a que se refiere Mateo – “si no os volvéis...” – mediante la gratuidad de Jesucristo, el cartujo ha recuperado espíritu de la niñez, sabedor de que sin ello no entrará en el Reino.

Pero, ¿de qué hablaban en esa improvisada tertulia al aire libre que tanto nos ha impresionado? Hablaban de las manos; de la necesidad de lavárselas antes de usarlas para alimentarse. (Nosotros los vemos a diario realizar individualmente las comidas en sus respectivas celdas. Sólo las efectúan comunitariamente en el refectorio los domingos y festivos). No parecía que fuese una regla básica. Alguno incluso hace una broma sobre la necesidad de manchárselas antes de limpiárselas. Otro añade que en algunas cartujas ya no es preceptivo el hacerlo. Un tercero, incluso, cuenta a los demás que en Parma – la famosa cartuja que sirve de soporte a unas de las mejores novelas de Stendhal – llevan más de veinte años sin hacerlo. En esto veremos cruzar un reactor a considerable altura y, repentinamente, cambia la conversación. Se pregunta por el destino de un próximo vuelo que emprenderán en breve dos de los presentes. Seul es la respuesta. La escena se difumina...

La seriedad del empeño emprendido por Philip Gröning se advierte en la naturalidad, en la minuciosidad, en el sosiego con que refleja todos los detalles. Después de demorarse dieciséis años en obtener el permiso de rodaje para el interior de la cartuja no podía malgastar el fruto de su admirable perseverancia. Así empleó dos años más en los preparativos de la filmación; uno en ultimar el rodaje viviendo como un cartujo más y otros dos adicionales en la posproducción (6), veintiún años de trabajo; (No olvidemos, su condición germánica).

Otro gran hallazgo del guionista-realizador son los primeros planos de todos y cada uno de los cartujos con cuya estancia coincidió en el monasterio. Primeros planos que aparecen a veces en forma sucesiva. Otras veces simultaneados con diversas escenas de su vasto cometido como cortes de pelo, siempre con maquinilla de peluquero, limpieza de los impecables suelos, algunos tendidos en viejo tablón de madera encerado, riego de plantas en hermosos claustros interiores, labores propias del servicio de refectorios y celdas, contemplación de lluvia y nieve cayendo en los aledaños de los múltiples edificios que constituyen el conjunto monasterial, etc, etc.

Estos planos están tomados con tal maestría que no nos sería en puridad posible definirlos como primeros o como fotos fijas. En ellos los cartujos sostienen, sin proponérselo, pero sin claudicar, la mirada de la cámara de suerte que es posible estudiar a fondo sus rostros. Unos rostros sin miedo, distendidos, sin reservas, sin disimulos, sin variaciones. No son rostros como los nuestros que tomamos toda clase de garantías para no dejarnos sorprender en nuestra espontaneidad. Es mejor decir “patata”, “treinta y tres”, u otras cosas parecidas, todo menos que la cámara nos muestre en nuestra plena desnudez. Preferimos un gesto predeterminado que nos garantice una actitud protectora, simuladora. Los semblantes de los cartujos han rehecho el camino de vuelta. Se han vaciado de todo lo que fueron adquiriendo con la pérdida de la inocencia primigenia. Ese vacío gestual, expresivo, que tanto nos sorprende lo están poco a poco, llenando, con los solos rasgos que denotan el camino de aproximación a Jesucristo.

Volviendo al tema de sus juegos nos sorprendió verlos marchar, de dos en dos, en día invernal soleado, a través de la nieve. Antes les hemos visto reparar la suela de sus botas con la maestría del mejor artesano. Para remontar la fuerte pendiente que asciende en perpendicular sobre la puerta de salida conventual van tomando hacia la derecha una derrota transversal que les permite alcanzar la cota deseada con menor esfuerzo. Luego todo es cuestión de marchar hacia la izquierda sin modificar el nivel para, una vez enfrontada la puerta de donde partieron, descender en actitud de “slalom” con pequeños giros sobre las botas, los más virtuosos, o directamente los más torpes.

Nos emocionó mucho una solemne procesión interior del Santísimo expuesto con custodia, con velas, incienso y recorrido a través del interior del monasterio.

Nos asombró la profunda sencillez de la profesión de fe de dos jóvenes cartujos acompañados desde el coro y altar por los restantes miembros de la congregación.

Cuanto vemos se interrumpe, de tiempo en tiempo, con leyendas en francés y/o latín que transcriben textos bíblicos, alguna regla de la comunidad de cartujos...

Sorprendentemente concluye la película con las contestaciones del único monje ciego, cuyos movimientos ha seguido la cámara en varias ocasiones, a un supuesto cuestionario tácito al que el cartujo responde con despaciosa serenidad: “No tiene miedo a la muerte pues su significación no es otra que la unión absoluta con Dios que es precisamente la meta a la que poco a poco ha venido acercándose desde que llegó a la Cartuja. De ahí lo muchísimo que tenga que agradecer al Señor por su inmensa ayuda para seguir tan jubiloso camino”.

Madrid, a diecinueve de febrero de 2007

Gloria al Señor.  
Fernando Escardó

---

(1) Copia del texto enviado para su inserción en la página Web de la Comunidad de Oración de Fray Escoba perteneciente a la Renovación Carismática Católica en el Espíritu.

(2) Aunque la versión original que hemos visto es en francés y latín (para los textos bíblicos y religiosos) con subtítulos en castellano existen otras versiones, por lo menos, en alemán e inglés. Con el título de esta última (“Into Great Silence”) se ha logrado un mayor acierto al incidir en el sentido finalista o teleológico que el factotum buscaba con la expresión “gran silencio”, es decir, buscaba, más que describir un clima, referirse a una meta.

(3) “Yo te alabo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos, y las has revelado a los niños”.

(4) “Dejad que los niños vengan a mí y no se lo impidáis porque de los que son como éstos es el Reino de Dios. Yo os aseguro: el que no reciba el Reino de Dios como niño, no entrará en él.

(5) De cierto os digo que si no os volvéis y hacéis como niños no entraréis en el Reino de los cielos”.

(6) Estos datos en parte los he obtenido del programa de mano que facilita el exhibidor; en parte del artículo publicado por Carmen Posadas en el último número del Semanal XL.